Impersonalidad y ergatividad en el español medieval y clásico*

Manuel RIVAS ZANCARRÓN

Universidad de Cádiz

RESUMEN

La forma latina en *-or*, representante de un sincretismo morfológico de cuatro posibles categorías conceptuales existentes en latín (impersonalidad, pasividad, reflexividad y reciprocidad), provocó la necesidad de distinciones posteriores en los romances latentes y motivó la creación de cuadros sistemáticos divergentes en las distintas lenguas románicas. Este trabajo viene a demostrar que los diferentes significados sintácticos y semánticos anunciados para las construcciones con *se* español no son más que el resultado de considerar lo no agentivo en la posición del sujeto. Los valores que habitualmente se asignan a estas construcciones proceden de manifestaciones contextuales y no de verdaderos efectos sistemáticos. Por esta razón, en vez de hablar de cómo el español desarrolla discursivamente las posibilidades funcionales de la lengua latina, analizamos la distinción tipológica —realizada en el seno de la lingüística alemana de los años treinta— entre lenguas con esquema agentivo y lenguas con estructura no agentiva (o de «sentimiento»). Los primeros reflejos en el castellano medieval se cristalizan en construcciones impersonales y evolucionan a otras manifestaciones que son no más que correlatos designativos de la impersonalidad. El caso del castellano invita a ajustes entre los demás elementos del sistema («ser y estar», «posesión», «partitivo», etc.), que harán que esta lengua presente un desarrollo evolutivo funcional distinto a sus hermanas románicas.

RÉSUMÉ

La forme latine en -or, qui représente un syncretisme morphologique de quatre catégories conceptuelles existantes en latin (impersonnalité, passivité, réflexivité et réciprocité), a

* Este trabajo ha sido realizado con el apoyo del proyecto de investigación HUM2005-08119/FILO: «¿Existe un reajuste sintáctico en español clásico?: Funciones sintácticas y cambios morfológicos y sintácticos en el periodo 1450-1726» del Ministerio de Educación e Innovación español.

provoqué de nouvelles distinctions dans les différentes langues romanes et a motivé la création de cadres systématiques divergents dans ces langues. Ce travail veut démontrer que les différentes significations syntactiques et sémantiques des constructions avec se en espagnol ne sont autres que le résultat d'envisager la non-agentivité pour la position du sujet. Les valeurs qu'on assigne habituellement à ces constructions procèdent de manifestations contextuelles et non de véritables effets systématiques. Pour cette raison, nous ne devons pas expliquer comment l'espagnol développe discursivement les possibilités fonctionnelles de la langue latine, mais plutôt faire attention à une distinction typologique — réalisée par la linguistique allemande des années trente — entre les langues avec une structure agentive et les langues avec une structure non-agentive (ou de «sentiment»). Les premiers reflets dans le castillan médiéval se cristallisent dans des constructions impersonnelles et évoluent vers d'autres manifestations qui sont seulement des corrélats désignatifs de l'impersonnalité. Le cas du castillan provoque des déséquilibres entre les autres éléments du système («ser et estar», «possession», «partitif», etc.), qui feront que cette langue présente un développement évolutif fonctionnel différent de ses sœurs romanes.

Allá por los años setenta, una suerte de gramática conocida como «relacional» invitaba a bautizar con el término *inacusatividad* una construcción que se reclamaba para sí como heredera directa de la ya asentada *ergatividad*, patrón lingüístico este que encomiaba a despojar el sujeto de su carácter agentivo. Desde entonces, mucho se ha escrito, y del tanto escribir se enredó la madeja. La obstinación de la gramática tradicional¹ en la defensa del papel semántico del sujeto como agente de una acción culminada por el verbo le ha llevado a desarrollar estrategias malabares para ocultar la posibilidad de otro actuar más pasivo, y en este camino ha agotado las energías que le quedaban para admitir la idea de que podrían existir otras maneras de comprender estructuras aparentemente heterodoxas, y qué mejor, si no, que concederles el privilegio de ser ortodoxas. Pero no, se adelantaron otros, como siempre, y lo hicieron acudiendo a lenguas que a ojo de los tradicionales se manifestaban raras y excepcionales.

El fenómeno no era nuevo. Se sabía que determinadas lenguas eran capaces, incluso, de defender morfológicamente la discutida pasividad del sujeto, y que a estas se les había dado el nombre de ergativas. Posiblemente, el conocimiento de sistemas que se rigen por patrones sintácticos diferentes ha abierto un nuevo sendero en la investigación de aquellas gramáticas que los han contemplado siempre como cuerpos extraños y que

1. Recuérdese que esta gramática no conoce el término *ergativo*. Tradicionalmente, se ha venido distinguiendo entre verbos transitivos e intransitivos, lo cual no resuelve una gran cantidad de construcciones sintácticas. Así, un verbo aparentemente transitivo como *beber* ofrece dos posibilidades: *Lorena bebe vino* / *Lorena bebe mucho*. Este hecho motiva múltiples incoherencias, entre las que destacan las pruebas de pasivización: a pesar de que *beber* se identifica como intransitivo, es imposible explicar el segundo caso y, especialmente, porque una estructura como **Es bebido mucho por Lorena* daña el oído castizo. Se pueden identificar, además, verbos tradicionalmente considerados intransitivos y que, sin embargo, podrían reflejar un objeto en su expresión material (*Pepe vive bien* / *Pepe vive su vida como quiere*).

los han llevado al rechazo, aun reconociendo su presencia. Iluminados por una lógica que no coincide con la que se asienta en las lenguas, los gramáticos han defendido a capa y espada el carácter obligatoriamente agentivo de esa parte de la sintaxis, abducida también por las artes de una lógica no adecuada para estas descripciones. El sujeto se erigía así en modelo del actuar, en realizador directo de la acción verbal y toda humillación al puesto del papel semántico de lo paciente, del experimentador o sufridor de la acción, se combatía con beligerancia, aunque con más corazón que sentido común. Y este sentir les llevaba a pensar en un único y verdadero funcionar cuando trataban con verbos como, por ejemplo, *mover*: en *Juan mueve la mesa*, esa lógica que poco tiene que ver con la de las lenguas, daba su aprobación, pero ella misma se mostraba esquiva cuando la unidad de acción se veía regida por un sujeto no agentivo, o sea, cuando «la mesa», objeto que no puede ser causante de nada, venía a detentar ese puesto preponderante que no le correspondía. El gramático, entonces, no reacciona ante construcciones como *la mesa se mueve*, y todo esto a pesar de que desde antaño se estudiaban y se admitían los vuelcos pasivos (*la mesa es movida*).

Y si el intruso es a regañadientes aceptado en las construcciones transitivas, de poca hospitalidad ha disfrutado en casa de los verbos intransitivos, en donde los gramáticos han agotado todas sus estrategias para argumentar su presencia. Así, en *la sangre llegó al río* no hay posibilidad siquiera de que un objeto paciente emigre a la posición de sujeto y que justifique, de esta manera, la no agentividad por un cambio de estructuras; no, aquí «la sangre» tiene ganado el papel de sujeto sin excusas. Y ahora vienen las piruetas: que si uso metafórico; que si en realidad no se trata de un sujeto, sino de un objeto paciente; que si la construcción no es lógica, etc.

A grandes rasgos, este es el panorama, y con esta situación como punto de partida vamos a construir nuestro trabajo, que pretenderá ofrecer un bosquejo de luz desde los orígenes de estas construcciones.

1. La problemática se solivianta cuando David M. Perlmutter², representante de la Gramática relacional, publica un artículo en 1978, en el que se describen dos variedades de verbos intransitivos: los *inacusativos* y los *inergativos*. Una de las principales novedades de los términos neonatos se centra en los procesos de conversión a pasiva, ya que mientras los primeros no admiten la pasivización, los segundos, en cambio, sí. Consecuencia directa es que el objeto tiene la posibilidad de trasladarse a la posición del sujeto (*avancement*), en tanto que esta posición en los inacusativos está ocupada

2. Al trabajo de Perlmutter (1978), le siguieron los de algunos representantes de la gramática generativa orientados desde esta perspectiva: Davies (1984), Burzio (1986), van den Besten (1985), Grewendorf (1989).

siempre por elementos pasivos, sin posibilidad de ascenso. Por esta razón, estos últimos describen procesos no controlables o resolubles por sí mismos (*la ventana se cerró; María llegó; la flor floreció*), mientras que los inergativos cubren cláusulas intransitivas puras, o sea, sin objeto directo, pero cuyas actividades presuponen un control del agente (*el niño lloró; Pablito tose...*)³. A partir de aquí comienza el ajuste y calzamiento de estos conceptos en las diferentes lenguas. Hasta entonces, muchos lingüistas habían admitido la existencia de sistemas ergativos, en donde esta cualidad se reservaba solo para lenguas que la cristalizaran desde su morfología. Así, el vasco, por poner un ejemplo entre otras muchos idiomas, se erige como paradigma de realización morfológica: en una expresión como *Kepa badator* (*Pedro viene*) no hay marca de ergatividad, en tanto que en *Kepak ogia badakarkie* (*Pedro le trae pan*), el añadido *-k* delata la posición ergativa del sujeto, ya que con los usos intransitivos desaparece y se manifiesta un caso absoluto.

A estas propiedades sintáctico-morfológicas se les unen los comportamientos semánticos de los verbos y los de sus proyecciones. El despertar de los matices significativos ha abierto la posibilidad a todas las lenguas para sacar ese componente ergativo que llevan dentro. Naturalmente, si partimos no de morfemas específicos emergentes, sino de características semánticas, entonces a cualquier sistema se le podría descubrir una estructura ergativa, sin necesidad de que siquiera tuviera realización formal.

En el mundo sistémico-funcional de Michael Halliday (1994), tienen cabida dos procesos que aluden a sendos sistemas, el de la transitividad y el de la ergatividad. Así, si un agente es avistado en uno de los procesos, toca desentrañar ahora si existe una relación causal entre estos y sus participantes. Si estos últimos están implicados, habría que dilucidar si son ellos los que resuelven el evento o si se trata de otra entidad. Por esta razón, Michael Halliday cree ver dos tipos de construcciones, aunque con un mismo verbo, en

- (1) El valor del dinero subió excesivamente
- (2) El gobierno subió el valor del dinero.

Las dos expresiones de arriba tienen como actores *el valor del dinero y el gobierno*, pero mientras en (1) el sujeto no tiene un papel agentivo, en (2) sí. Michael Halliday resuelve el dilema con la introducción del concepto de «medium», elemento esencial que permite la realización del proceso, por lo que la cláusula ergativa existe, si se actualizan agente y medium:

– No ergativo:

- (1a) El valor del dinero [medium/actor] subió [proceso] excesivamente [circunstancia]

3. Una interpretación parecida puede encontrarse en A. Mendikoetxea (1999).

– Ergativo:

- (2a) El gobierno [agente/actor] subió [proceso] el valor del dinero [*medium*/
meta]

La solución de este autor, como vemos, complica la interpretación, pues el concepto de *medium* se manifiesta tanto al lado del actor no ergativo, como del meta ergativo. Así las cosas, muchas frases tendrían una doble realización funcional, ya como ergativa, ya como transitiva⁴.

Con Pascual Masullo (2001), la gramática generativa revisa el concepto y lo relega a un componente subléxico, en donde se especifica si topamos con usos transitivos, ergativos o inacusativos. Aquí, agente y paciente se disputan la matización de los términos: ergativos inherentes (como único argumento el agente y el paciente de un cambio de estado: *arrepentirse*, *recuperarse*, etc.) y transitivos con usos ergativos (*derretirse*, *secarse*...). Estos últimos se distinguen, pues, de aquellos que presentan una estructura causativa (*El calor derritió el hielo* / *El hielo se derritió*), en donde las diferencias con los ergativos inherentes se dejan traslucir en la presencia de un agente volitivo humano para los primeros. Como vemos, todo un juego de relaciones extralingüísticas para explicar comportamientos formales.

Un conjunto de investigaciones, sin embargo, no dudan en depurar el concepto de ergatividad y reducirlo a un puro juego formal, en donde, en este caso, es la variación morfológica la que lo corona como fenómeno. Como todo término que se esconde bajo ideas creadas primigeniamente, la ergatividad nace de una peculiaridad formal enraizada en determinadas lenguas, por lo que, con buen sentido, el nombre que le fue dado se sentiría traicionado tras la incursión de ideas afines, pero, a todas luces, heterodoxas. Recientemente, la postura de una defensa del concepto en su estado puro ha sido reivindicada por autores como Jonathan D. Bobaljik (1993) y Itziar Laka (1993), pero el denso trabajo de Robert M. W. Dixon (1994) ha venido a desmontar los deseos de aquellos que piensan que existen paradigmas morfológicos modélicos, pues el fenómeno puede extenderse a un conjunto innumerable de lenguas, pese a la ausencia en ellas de marcadores de caso. Por esta razón, se viene hablando últimamente de «ergatividad escindida», que no es más que regalar, en la medida que corresponda, un trozo de la tarta y contribuir al afán de que otras muchas compartan el privilegio del

4. Sabaj (2002) discute la propuesta de M. Halliday sobre el criterio que distingue entre causación interna y externa, ya que la posibilidad de una interpretación ergativa o transitiva en su sistema conceptual, a más de complementarse, se excluyen. También se muestra débil la introducción del *medium*, pues nuevamente no distingue entre construcciones transitivas y ergativas. Por último, O. Sabaj aclara un posible malentendido de Halliday sobre las construcciones ergativas, las cuales parecen aludir en este último autor a aquellas realizaciones con sujeto agente, en tanto que la tradición las entiende como elementos pacientes y sufri-dores de un proceso.

fenómeno. Y mucho nos tememos que este deseo esconde bases empíricas de carácter extralingüístico para que la ergatividad encuentre su sitio en aquellos sistemas no llamados a ella. Así, oiremos hablar de «ergatividad sintáctica» o de «ergatividad léxica», presumiblemente realizaciones contextuales de un concepto ya descompuesto. Así las cosas, no estamos ante un fenómeno primigenio, sino parcial (Dixon 1994), ya que las diferencias tipológicas de las lenguas quedan reducidas a divergencias exclusivamente estructurales, lo que descarta el concepto origen en la investigación. Con esta migración conceptual, la idea inicial desarrolla nuevos tentáculos y, por tanto, deberá abrir sus puertas a un número mayor de estructuras. Recientemente, José Luis Mendívil Giró (2005) se justifica en la postura de Dixon y señala su defensa por una ergatividad más flexible, más superficial, hasta el punto de dar entrada a las construcciones con sujetos oblicuos (*A Rafaela le molesta el ruido de la radio*) en el mundo de lo ergativo. Una vez concedido el permiso de invasión, podría ser razonable mantener que ese sujeto caprichoso (*A Rafaela*) sea considerado un patrón de ergatividad, que acabaría por desbancar en su puesto a los elementos concordantes (*el ruido de la radio*). La justificación encuentra pleno sosiego tras advertir que, así, el experimentante (*Rafaela*) y el estímulo (*el ruido de la radio*) siguen ocupando sus tronos lógicos, lo que calzaría sin estrecheces con los casos ergativos y absolutivos de aquellas lenguas que no necesitan de calzador. A partir de aquí, toda una lucha para justificar que si el sujeto es agente, que si es paciente pero hay un argumento externo que causa un estado mental en el experimentante, etc. El mareo de la perdiz es tan grande, que, incluso se puede uno creer esa división que establece Arad (1998, *apud* Mendívil Giró) entre lectura eventiva y estativa de las construcciones no agentivas, de manera que entre

- (1) A Luisa le molesta que salgas por la noche,
- (2) A Luisa le molestó que salieras por la noche,

el punto diferencial habría de buscarse en la interpretación estativa de (1), frente a la eventiva de (2). Ciertamente, debería aclararse, en primer lugar, qué se entiende por «eventivo» y por «estativo», pero si es lo que todos nos imaginamos, me temo que lo que puede hacer pensar en rasgos tales no tiene que ver mucho con los procesos de ergatividad, sino con los efectos contextuales ya del tiempo verbal («frecuentatividad» del presente / «puntualidad» del pasado), ya de los complementos añadidos (*por la noche*). Probemos a sustituir *por la noche* con *con ímpetu* y, a menos que mi competencia esté ofuscada en estos momentos, deja de tener una interpretación estativa.

Y cuando no son las propiedades sintácticas, lo son las semánticas, de manera que autores como Masayuki Onishi (1991, p. 36) crea un postulado general que se proyecta sobre el control del agente sobre el evento:

If a language has an extensive system of opposition between constructions with a canonically marked A/S and those with a non-canonically marked A/S, then 'control' is usually the main semantic factor distinguishing them.

Y aquí se apoya la teoría de Medívil Giró (2005), aportando que en verbos de la clase de «molestar» o «gustar», si el agente es animado o actúa voluntariamente, la construcción se regirá bajo el esquema nominativo-acusativo en donde el estímulo es nominativo y agente controlador, en tanto que el objeto afectado se colocará en acusativo. Pero si es inanimado o no controla el evento, entonces el experimentante se reviste de importancia y se convierte en «sintiente». El sistema, entonces, genera sus recursos formales diferenciadores para estructuras inacusativas como *Luisa se molesta si sales por la noche*, o ergativas como *A Luisa le molesta si sales por la noche*. Por tanto, la ergatividad se concibe como inacusatividad transitiva⁵, y así, se hipotetiza que una construcción transitiva se proyecta con un verbo que no asigna caso acusativo en su morfología, lo que conduce a que el sujeto se introduzca por un marcador autónomo de caso. Es interesante en esta postura su concepción de estructuras con sujeto en dativo como inicio de un comportamiento ergativo parcial de tipo sintáctico y con un grado menor de gramaticalización que la morfológica. En fin, se trata al final al cabo de generalizaciones tipológicas que, aunque podrían explicar el funcionamiento de un sistema concreto, también podrían contribuir a su desdibujamiento.

Antes de pasar al problema de la ergatividad en el español medieval mencionaremos también la propuesta de Elena de Miguel (2004) sobre el constructo ergativo. La autora parte de la esencia «ser verbo» para introducirnos en la problemática. Para ella, la mayor parte de las clasificaciones ofrecidas entran en conflicto con el concepto que las rige, precisamente porque muchas de ellas han salido del campo de la subjetividad. Por ello, termina admitiendo que las diferencias entre inacusativos e inergativos no están del todo claras, aunque mucho me temo que los descuidos teóricos se deben exclusivamente a efectos contextuales o a la aplicación de conceptos (como el de télico o atélico, por ejemplo), que pertenecen más a la realidad que a las lenguas. Así, el querer ver en oraciones como:

- a) *El atleta llegó hasta la playa (sic) la semana pasada*
(debe haber una equivocación: rápidamente, por ejemplo),
- b) *La carretera llegó hasta la playa la semana pasada,*

5. Medívil Giró crea su hipótesis desde la generalización de Burzio (1986) que dice que solo un verbo con argumento externo generará caso acusativo. Se apoya, igualmente, en la consideración de Dixon (1994) de una ergatividad parcial, de la que emergen tres tipos: 1) aquella que se sustenta en propiedades semánticas del verbo; 2) la que tiene su base en las propiedades del sujeto, y 3) la que se fundamenta en el tiempo y el aspecto de la oración.

If a language has an extensive system of opposition between constructions with a canonically marked A/S and those with a non-canonically marked A/S, then 'control' is usually the main semantic factor distinguishing them.

Y aquí se apoya la teoría de Medívil Giró (2005), aportando que en vez de la clase de «molestar» o «gustar», si el agente es animado o actúa voluntariamente, la construcción se regirá bajo el esquema nominativo-acusativo en donde el estímulo es nominativo y agente controlador, en tanto que el objeto afectado se colocará en acusativo. Pero si es inanimado o no controla el evento, entonces el experimentante se reviste de importancia y se convierte en «sintiente». El sistema, entonces, genera sus recursos formales diferenciadores para estructuras inacusativas como *Luisa se molestó si sales por la noche*, o ergativas como *A Luisa le molesta si sales por la noche*. En tanto, la ergatividad se concibe como inacusatividad transitiva⁵, y así, hipotetiza que una construcción transitiva se proyecta con un verbo que no asigna caso acusativo en su morfología, lo que conduce a que el sujeto se introduzca por un marcador autónomo de caso. Es interesante en esta postura su concepción de estructuras con sujeto en dativo como inicio de un comportamiento ergativo parcial de tipo sintáctico y con un grado menor de gramaticalización que la morfológica. En fin, se trata al final al cabo de generalizaciones tipológicas que, aunque podrían explicar el funcionamiento de un sistema concreto, también podrían contribuir a su desdibujamiento.

Antes de pasar al problema de la ergatividad en el español medieval mencionaremos también la propuesta de Elena de Miguel (2004) sobre el constructo ergativo. La autora parte de la esencia «ser verbo» para introducirnos en la problemática. Para ella, la mayor parte de las clasificaciones ofrecidas entran en conflicto con el concepto que las rige, precisamente porque muchas de ellas han salido del campo de la subjetividad. Por ello, termina admitiendo que las diferencias entre inacusativos e inergativos no están del todo claras, aunque mucho me temo que los descuidos teóricos se deben exclusivamente a efectos contextuales o a la aplicación de conceptos (como el de télico o atélico, por ejemplo), que pertenecen más a la realidad que a las lenguas. Así, el querer ver en oraciones como:

- a) *El atleta llegó hasta la playa (sic) la semana pasada*
(debe haber una equivocación: rápidamente, por ejemplo),
- b) *La carretera llegó hasta la playa la semana pasada,*

5. Mendívil Giró crea su hipótesis desde la generalización de Burzio (1986) que dice que solo un verbo con argumento externo generará caso acusativo. Se apoya, igualmente, en la consideración de Dixon (1994) de una ergatividad parcial, de la que emergen tres tipos: 1) aquella que se sustenta en propiedades semánticas del verbo; 2) la que tiene su base en las propiedades del sujeto, y 3) la que se fundamenta en el tiempo y el aspecto de la oración.

with a canoni-
rol' is usually

- c) Juan vio el castillo desde el coche,
- d) Juan vio el castillo hasta las cinco de la tarde,
- e) El cocinero empezó la tarta sin ayuda del pinche,
- f) El niño empezó la tarta sin permiso,

que en verbos
actúa volun-
vo-acusativo,
tanto que el
lo o no con-
portancia y
recursos for-
isa se molesta
la noche. Por
a⁵, y así, se
verbo que
ue el sujeto
sante en su
omo inicio
un grado
ata al fin y
explicar el
ribuir a su

medieval,
4) sobre el
ara intro-
ficaciones
isamente
. Por ello,
ativos no
s teóricos
de con-
más a la

dice que
en la con-
l) aquella
opiedades

cambios aspectuales del verbo, que se infiere de resultados agramaticales (*El atleta llega hasta la playa desde la semana pasada; *La carretera llegó hasta la playa en treinta minutos; *La tarta fue empezada por el niño sin permiso), no es más que el resultado de aplicar una lógica extralingüística a los distintos fenómenos que han de aclararse. Naturalmente que *El atleta llega hasta la playa desde la semana pasada no es admitida, pero no porque el verbo no pueda combinarse con determinados complementos puntuales o durativos, sino porque el significado real del verbo «llegar» es lógicamente incompatible con la realidad que se deja ver en «desde la semana pasada», y esto es así en español, alemán o kurnataka. Se trata de violaciones lógico-conceptuales y, por tanto, verdades del Perogrullo en la explicación gramatical, pues no alude a la diferencia, sino a lo común. Decir que una frase como *La carretera llegó hasta la playa en treinta minutos es inadmisibile, lo sabe *a priori* un lector de francés, de chino o de swaheli, sin tener conocimientos siquiera de lengua española. Una propiedad léxica no puede ser nunca una propiedad de la realidad. En todos los casos anteriores, existen diferencias sintáctico-semánticas que permitirían distinguir dos verbos distintos en: *alguien llega* (en donde la variable «a algún lugar» es, naturalmente, optativa), frente a; *algo llega a algún lugar* (en donde la variable espacial es obligatoria).

Y algo parecido ocurre con la imposibilidad de *La tarta fue empezada por el niño sin permiso, pues aquí el significado causativo se desvanece. En cuanto a los ejemplos con *ver*, no entiendo la agramaticalidad de las construcciones pasivas: el hecho de que no se usen así no implica que sean incorrectas. Con malentendidos de este tipo, el intento posterior de adaptar la teoría del lexicon generativo de Pustejovsky a los verbos inacusativos es más que discutible, pues el principio básico que la rige, el de «infraespecificación», o sea, algo así como el poder potencial de combinatoria y adquisición de sentido de una determinada entrada léxica en contextos concretos, es a todas luces igualmente extralingüístico. De esta manera, en una expresión como *He comenzado la novela*, el lexicon debería dar cuenta en el sustantivo de dos posibilidades: «objeto que se crea con una actividad como la de escribir», o bien «objeto preexistente destinado normalmente a ser leído». La propia definición ya desdibuja la realidad con la lengua, pero lo paradójico es que esas propiedades se apliquen a un sustantivo, visto como objeto de la realidad. La crítica está servida: de *novela* tendremos no solamente dos posibilidades, sino infinitas, fruto de su asentamiento en múltiples contextos («objeto físico que sirve solo para colocarlo en las estanterías» [Sergio tiene las novelas solo como adorno en la estantería], «objeto

físico que sirve para impedir que una puerta se cierre» [*Pedrito tenía puesta la novela como cuña*], «objeto no físico que añade una propiedad» [*Su vida era una novela*], etc.). Y, por supuesto, con tantos contextos, el autor pretende reducir los rasgos con los llamados *quale*, es decir, aspectos pretendidamente constitutivos del significado, reducidos a cuatro (*quale constitutivo, quale formal, quale télico y quale agentivo*), que, visto el proceder, podríamos multiplicar hasta obtener miles de *quale*. Para rematar, metemos los *quale* en la coctelera y los mezclamos con los tipos de eventos (que aquí se encuentran reducidos, pero que nuevamente podrían multiplicarse hasta el infinito), y obtenemos como conclusión que el léxico es indescriptible e inabarcable. De todo este juego salen explicaciones como estas, a propósito de la tarta anterior (De Miguel 2004):

Cuando el cocinero empieza una tarta, se supone que inicia el proceso de elaboración; por lo tanto, la tarta pasa parcialmente a existir, y la pasiva se acepta. En cambio, cuando el niño empieza la tarta, se interpreta que empieza a comérsela. Desde el punto de vista lingüístico, no se expresa un cambio de estado, este se produce cuando la tarta se acaba, y por eso la oración es agramatical.

De estas palabras, se deduce que solo un cocinero puede cocinar una tarta, y restringe al niño (no sé si el lingüístico o el real) a poder hacer una tarta, e incluso a mí, que no soy cocinero y me salen muy buenas, por no tener el *quale* de hacer tartas; o se condena al pobre cocinero a no poder comérselas. En fin, no hace falta seguir.

2. Pero todos los intentos de explicación de estos tipos verbales tal y como hemos resumido más arriba no son ni novedosos, ni modernos. Ni Perlmutter, ni la gramática generativa se llevan la patente de su localización y posterior comentario, aunque sí lo han bautizado con otros nombres. No hace falta indagar mucho en la tradición gramatical española para percatarse de que la mayoría de los autores no quitan ojo a estas construcciones. Como muestra, un botón de Gonzalo Correas (1625), procedente de su *Arte de la lengua española castellana* (1954: p. 193):

Daréle de palos, dame del pan, dila de comer, dalas de vestir, danos de lo que tiene. En muchas ocasiones no se puede añadir la preposizion i señal de dativo, porque se mudara el sentido: Comime el pan, bevistete el vino, comimonos la carne, comieronse la fruta. Entiendese toda la cosa. Con dificultad aquí i en semexantes maneras de hablar se puede esplicar la grazia i propiedad destos pronombres: acusativos, no pueden ser; nominativos, tanpoco, aunque lo parezca, porque se nunca lo fué ni lo serán los demas, i ansi avrán de ser dativos que rrevuelven sobre el nominativo i persona axente í hazen mas demostrazion, í se los pueden í suelen espresar los nominativos como ia queda tocado: Comime io el pan, io me comi el pan, el pan io me lo comi; bevistete el vino, bevistete tu, el vino, tu te beviste el vino, í ansi en los demas. I viene aquí bien esta rregla que

la puesta
: vida era
retende
endida-
vo, quale
s multi-
le en la
ientran
nito), y
rcable.
la tarta

ela-
epta.
mér-
este

ar una
hacer
uenas,
o a no

como
i Perl-
ción y
es. No
a per-
struc-
dente

que
vo,
s la
en
ro-
ca,
que
i se
io
, el
ue

serán dativos si refieren el nominativo del verbo con quien están, i si refieren otra cosa serán acusativos. Por otra parte podíamos dezir que se ponen como añadidos para mas grazia i espresión como aquel pronombre mesmo i el dativo propio, afirmando mas la persona ó nominativo; i aun estos xuntamente se les llegan con mucha propiedad: Io mesmo me comi el pan, tu propio te beviste el vino. Quando se cae antes de los demas tiene tambien otra grazia i propiedad mui elegante casi inexplicable; xuntase á las terceras personas de los verbos, i haze una como neutralidad, que ni es activa, ni verdadera pasiva [...].

Naturalmente, alude solo a un tipo, pero podemos encontrar analizados todos los giros actuales a lo largo de la tradición. El problema conceptual y terminológico surge al contrastar unas lenguas con otras, y es aquí donde tampoco Perlmutter se lleva el premio de la originalidad. Tenía que ser en el ámbito de la lingüística alemana, imbuida por los principios comparativistas de Humboldt, en donde surjan explicaciones muy parecidas a las de nuestro pretendido pionero. En un bonito y denso artículo de Edgar Glässer, publicado en 1938 en la revista *Wörter und Sachen* con ese título tan humboldtiano como «Das Weltbild des indogermanischen Satzbaues» («La imagen del mundo en la construcción de la frase indoeuropea»), no solo deja caer, sino que explica, a la manera de tipologistas tan actuales como Dixon, que existen dos tipos de lenguas: las que parten de la actividad (*Tat-Typus*) y las que se desarrollan desde el sentimiento (*Empfindung-Typus*)⁶. Y a la manera de la tipología actual, añade que en groenlandés los procesos no se conciben como actividad, sino como sentimientos, de manera que aquello que uno oye no se traduciría como una actividad que parte del percibir, sino como un sonar que conmueve a la persona. Por tanto, la expresión alemana *Ich töte ihn* (yo lo mato) sería algo así como «él se me muere a mí» (*er stirbt mir*), en tanto que en aquella lengua, como en la nuestra, es más un «yo lo veo y actúo»; o un «Yo lo arrojo» (*Ich werfe es*) se corresponde con «algo vuela ante mi presencia» (*es fliegt mir*). Pero lo que nos interesa reseñar de este sugerente artículo es que el indoeuropeo, a pesar de empadronarse bajo el *Tat-Typus*, comporta una serie de excepciones (*Ausnahmen*), a las que Glässer (1938: p. 95) no tarda en adscribir al mundo de la impersonalidad: «*Es dürfte nun offenbar nicht fehlgehen heissen, wenn wir in den Ausnahmen vom Tat-Typus in unseren Sprachen die impersonale Aussageweise erkennen zu sollen meinen*» [se refiere a Finck]. Berthold Delbrück (1893) se adelanta en la explicación del doblete sintáctico que tiene lugar en el indoeuropeo entre construcciones personales e impersonales y cree ver un proceso con un sujeto previo siempre presente, que se va desvaneciendo con el tiempo: de *die Nacht wird hell* (la noche aclara), se pasa a *sie wird hell* (ella aclara), y de aquí a *es wird hell* (aclara / se aclara). Esta

6. La idea no parte de Glässer (1938), sino que resume el pensamiento de Finck (1910).

hipótesis de desdibujamiento del sujeto la ve Glässer improbable⁷. Y otra cosa le parece la explicación de Franz Miklosisch (1883) sobre el origen del paso de la construcción personal a la impersonal, que se asienta en el mundo de la lógica: el mundo occidental reconstruye este desarrollo gracias al nacimiento del juicio, que divide la frase en sujeto y predicado⁸. A esto habría que añadir aquellas hipótesis que defienden que lo primero no fue el verbo, sino el nombre⁹, y que al principio no habría una oposición entre nominativo/acusativo (pues este hecho implicaría la presencia de un verbo), sino entre un activo y un pasivo, en donde la predicación sería básicamente copulativa. Pero están también los que parten de un verbo absoluto, sin personas, que sería el origen de la construcción impersonal (*vid.* Siebs 1910), y en donde una construcción como la alemana *regnet* habría de remontarse a una del tipo *Zeus huei*. Por esta teoría tomó partido Hirt (*apud* Glässer), que defiende hasta la saciedad la aseveración sin un sujeto, pero quedaría sin aclarar el punto fundamental, el más descuidado: ¿cómo se pasa de lo puramente nominal o lo puramente verbal a la unión de ambos? Pues bien, Moritz Regula (1938) vuelve a insistir en este descuido y resume esquemáticamente la situación entre *nomen* y *verbum* (*apud* Glässer [1938]):

De este esquema parecería un sinsentido distinguir entre «objeto resultado» y «objeto respectivo», pues perfectamente podría considerarse *arrive deux étrangers* o *venne alquanti soldati* como «objetos resultado». Mas este entramado es interesante también para nuestras futuras conclusiones. La opinión de Günter Reichenkron (1933) de que no encuentra en francés ningún caso para construcciones del tipo *medio personal* + *objeto*, y lo achaca a la presencia de la declinación bicasual galorrománica.

Por último, nos gustaría mencionar también, porque lo utilizaremos posteriormente, la opinión de Karl Bühler en su *Sprachtheorie* (1934) de que la forma impersonal se opone a la del verbo finito en un juego de intereses. Mientras en este último residen las preguntas del *quién* y a *quién* (*wer / wen*),

7. La hipótesis de Delbrück entronca también con las emitidas posteriormente sobre el paso de las construcciones deponentes latinas a la llamada voz media y de contenido pasivo. Así, A. G. Hatcher (1942) presupone un volver primitivo de la actividad en formas como *arbitror*, en donde ya la distinción con el activo *arbitro* se desvanece, aunque surge una compensación tras otorgar un significado de acción colectiva al sujeto (así, *pugno*, de su sentido primitivo de «dar un golpe con el puño» pasaría a significar «combatir», en donde se esconde una acción colectiva). Este sentido, más el pasivo, son los que se sincretizarían, según Hatcher, en el paso del valor deponente latino al medio de las lenguas románicas. De otro lado, C. H. Balmori (1933-1934) apunta que el paso de las construcciones deponentes latinas a las actuales románicas se deben a un factor psicológico, después de contrastar evoluciones como las de *miror*, *miro* o *laetor* / *laeto*.

8. De aquí que Schuchardt llegue a afirmar que una frase como *Das Feuer brennt* (El fuego quema) pertenece al estadio más primitivo de las lenguas.

9. Consultar para esto a A. Debrunner (1933).

le⁷. Y otra
e el origen
ienta en el
rrollo gra-
dificado⁸. Y
o primero
na oposi-
presencia
licación se
ten de un
ón imper-
lemana *es*
oría toma
severación
l más des-
nte verbal
e a insistir
re *nomen* y

jeto resul-
iderarse *il*
». Mas en
clusiones
en francés
lo achaca

emos pos-
de que la
intereses.
(*wer / wen*),

sobre el paso
pasivo. Así,
omo *arbitror*,
mpensación,
primitivo de
una acción
r, en el paso
H. Balmori
uales román-
as de *miror /*

mt (El fuego

en las estructuras impersonales, por el contrario, se formulan con un *cuándo* y un *dónde* (*wann / wo*). Retengan esta idea, pues la utilizaremos para aclarar la evolución de esquemas inacusativos e inergativos.

Sujeto-Tema (estado actual)	Objeto-respectivo (estado primitivo)
Concepción de actividad (<i>Tat-Typus</i>). Posición sintética. Personificación (concordancia entre <i>nomen</i> y <i>verbum</i>). Verbo finito (antiguamente con un impersonal en concordancia.	Concepción de sentimiento (<i>Empfindung-Typus</i>). Análisis. Aseveración de suceso absoluta (el verbo no se conecta con el sujeto). Impersonal o medio (originariamente no flexionado)
<i>Venit ursus; terra movit, mare turbat</i> <i>Homo interficitur</i> <i>Ils furent nourris de viande</i>	<i>Movit terram</i> <i>Hominem interficitur</i> <i>Se les hartó de carne; si prese l'armi;</i> <i>qui si taglia capelli</i>
<i>Es ritten drei Reiter</i>	<i>Il arrive deux étrangers; venne alquanti</i> <i>soldati</i>
<i>Die Fliege summt; Fliegen summen</i> <i>Das Boot treibt stromabwärts</i> <i>Ich friere, dürste, hungere</i>	<i>Es*summt von Fliegen</i> <i>Es trieb das Schiff</i> <i>Mich friert, dürstet, hungert</i>
Objeto-Resultado	Predicativo-Instrumental
Afinidad sintáctica del sujeto con el objeto. <i>Es regnet</i>	Afinidad sintáctica del instrumental con el sujeto. <i>Regen regnet</i>
Paso del objeto al sujeto. <i>Lapides pluere</i>	Paso del instrumental al sujeto. <i>Gromom ubilo Richmana</i>

3. Una escasa delimitación de conceptos y términos motiva que las construcciones inacusativas del español no tengan asiento en la descripción gramatical. Frente a clasificaciones sintácticas que determinan la existencia de lenguas con sujeto, de significación activa, frente a otras con este mismo elemento de sentido pasivo, surgen aquellas que, sin tener en cuenta la forma, hablan de agentes, pacientes, causas externas, internas, eventos, procesos, y un largo, etc. Todas ellas crean una nebulosa en el fenómeno que impide que se estudie unitariamente. Así, se dice que en español la inacusatividad puede tener como marca formal el pronombre *se*, pero también se advierte que existen verbos como *llegar* que son inacusativos desde

un punto de vista léxico; sin contar con las opiniones que discuten sobre una inacusatividad sintáctica o escindida. Se crean rasgos distinguidores que hablan de por qué un agente inanimado puede ocupar la posición de sujeto en una lengua de construcción activa; se diferencian tipos de verbos, según lo que significan (proceso, evento, estado...), y se establecen relaciones lógicas, o sea, universales, de por qué un sujeto puede ocupar tal posición o un objeto ser el contenedor de un significado paciente que, a la postre, podría interpretarse como sujeto en una lengua que tipológicamente no se comporta así. La inacusatividad se presenta como un cuerpo extraño; aunque muchos tratan de defenderla, nunca mejor dicho, por activa y por pasiva. Y retomando el fenómeno desde un punto de vista diacrónico cabe esperarse que poco se haya dicho para el español. Solamente se ha hablado de una distinción general que parece diferenciar lenguas en las que existe un agente causador y otras en las que el protagonista sufre una acción o un proceso. En el marco de nuestra lengua, estas construcciones se han estudiado parcialmente desde el punto de vista formal bajo el capítulo de los pronombres y, concretamente, de *se*. Así, tanto Félix Monge (1955), como María Carmen Bobes Naves (1974) nos hablan de que *se + verbo* ya tenía uso en latín para expresar la reflexividad, la voz media y la reciprocidad, aunque no se le conocía el significado pasivo e impersonal. Luego, por un proceso de la tan socorrida gramaticalización este *se* reflexivo va coloreándose de impersonalidad.

Rafael Lapesa (1981) advierte de la existencia de pasiva con *se* ya desde el siglo X, que se fue encaminando hacia lo impersonal debido a que el agente se iba omitiendo, para luego contaminar los intransitivos (*con quien acá se muere y se sospira* [Garcilaso]). Pero si el sujeto se colocaba en plural, la estructura se manifestaba ambigua, ya que podría entenderse tanto una pasiva-refleja, como una reflexiva (*se pueden imitar los santos* [Santa Teresa]). Y para deshacer la ambigüedad se crea la preposición *a* con el objeto directo. A partir de aquí se discute igualmente sobre la naturaleza de sujeto de este *se*. Sin embargo, poco se dice sobre ese otro *se* que aparece con sujetos animados, ni tampoco hay constancia de que se explique el origen. Claro que si ya ha costado admitir que una forma de pronombre personal oblicuo puede hacer él solo las veces de sujeto sintáctico, ¿cómo convencer para que un elemento inanimado o una cosa pueda ejercer el papel principal de la oración junto con el verbo, y en una lengua de tinte tipológico activo¹⁰!

10. Hanssen (1913: p. 199) explica la aparición de una parte de estas construcciones de la siguiente manera: «El verbo reflejo sirve de pasiva en tercera persona. Esta construcción es de poco uso en antiguo castellano; pero se hallan ejemplos en los primeros documentos: *non se faze assí el mercado* (Cid 139), *con tal aun esto se vencen moros del campo* (Cid 1753), *mandóse elli luego en el fuego* [Berceo] [...]. Siendo sujeto una cosa, esta pasiva se emplea sin limitación: *se cortaron*

scuten sobre
stinguidores
posición de
os de verbos,
blecen rela-
e ocupar tal
iente que, a
e tipológica-
o un cuerpo
r dicho, por
nto de vista
pañol. Sola-
erenciar len-
protagonista
l, estas cons-
vista formal
l, tanto Félix
s hablan de
idad, la voz
ado pasivo e
aticalización

se ya desde
ido a que el
vos (*con quien*
a en plural,
iderse tanto
antos [Santa
ión a con el
a naturaleza
se que apa-
se explique
pronombre
ctico, ¿cómo
da ejercer el
gua de tinte

rucciones de la
construcción es
umentos: *non se*
mandóse elli luego
ación: *se cortaron*

Pero remontémonos al latín para ver qué ha ocurrido posteriormente. El origen de esta problemática no es otro que el desarrollo de sincretismos históricos en la evolución del latín a las distintas lenguas romances, aunque todas, dicho sea de paso, no han seguido el mismo patrón.

El sistema latino oponía, efectivamente, un activo en *-o* a otro en *-or*, y este último albergaba un pasivo (*amor a patre*), un medio (*irascor, glorior...*), un reflexivo (*lauor*) y un impersonal (*pugnatur, curritur...*). Esta clasificación se admite para la época prehistórica, pero poco a poco comienza a notarse que la voz media se carga de tintes pasivos (*vid.* Stefanini 1962), mientras que la diferencia entre pasivo y deponente se desdibuja. Resultaba que el impersonal podía recubrir la voz, ya que el participio de presente, considerado activo, tiene frecuentemente un sentido reflexivo o medio (*uoluentibus annis*, «a medida que los años se desarrollan», frente a *uoluitur annus*, «el año se desarrolla»). Además, la forma en *-to* se convierte en adjetivo declinable, perfectamente asimilable por un sustantivo, y designará esencialmente un estado con un aspecto acabado. Por tanto, si *soleo* significa «tengo la costumbre», *solitus sum* expresaría algo así como «me he habituado a», o sea, «he transformado mi costumbre en un estado».

La perífrasis en *-us sum* compite con *amatur*; se diferencia, en cambio, en que aquella expresa un estado y este último un proceso. O sea, *amatur* implica que se está teniendo contacto con el amor, en tanto que en *amatus sum* el amor está consumado. Y si situamos la perífrasis en el pasado (*amatus fui*) dejaría de tener sentido de estado y expresaría exclusivamente tiempo. Por tanto, en *clauditur*, por ejemplo, se alude a que se cierra algo, está en proceso; con *clausus est* el proceso está acabado, es un estado, y en *clausus fuit* se indicaría el instante en el que se produjo el estado anterior. O en *domus aedificatur* se refiere a «una casa en construcción»; con *domus aedificata est* la casa está construida y *aedificata fuit* englobaría tanto el periodo de construcción como el estado. Y, precisamente porque *-us fui* define un proceso realizado y un estado, es por lo que este se prestará al significado pasivo (*iratus sum / iratus fui*). De la misma manera, *conductus sum* evocaría la situación jurídica que resulta de ella, en tanto que *conductus fui* llama la atención sobre el fin de la misma (la primera se parafrasearía por algo así como «yo soy un servidor que ha sido contratado por alguien», y la segunda por «fui contratado» (Stefanini 1962: p. 157). Refinando un poco, *clausus est* traduce por un lado el presente perfecto y, por otro, un carácter aca-

los árboles. Tratándose de personas, frases de esta clase pueden ser ambiguas: *se mataban los cristianos*. Por este motivo, se emplea otra forma: *se invoca á los santos [...]*. De la misma manera que la pasiva latina, la pasiva refleja castellana puede servir para expresar la idea del pronombre indefinido de tercera persona: *se dice, se sabe*. También verbos intransitivos pueden formar una pasiva impersonal: *se duerme, se canta, se baila.*»

bado; en *clausus fui* se albergarían los dos sentidos con un trozo de duración indiferenciado. Por ello, *clausus est* toma valor de pasado.

Así las cosas, el presente sintético en *-or* es un medio capaz de representar un proceso pasivo, pero también de ser contemplado como un medio activo; *amatus est*, por el contrario es un pasivo puro, aunque posteriormente deje de tener este valor para adquirir el de estado, es decir, no se trata de «él ha sido amado», sino de «está amado», por lo que *amatur* pierde su razón de ser.

En otro orden de cosas, la distinción entre el pasivo y el deponente era más endeble de lo que podía suponerse. De hecho, en latín, la mayoría de las formas en *-or* conservaba más un significado medio que pasivo. Además de esto, existía una diferencia entre el medio-pasivo y el reflexivo (*se ferre* / *ferre*: el primero es un «llevar» premeditado y estudiado; el segundo, instintivo¹¹).

Por último, es preciso añadir que junto a *littera scribitur* existía ya en latín vulgar *littera se scribit*, y este último con un sentido ausente de toda personificación (**littera se scribit a/per patre/patrem*). El camino hacia la impersonalidad se había construido.

4. Ahora toca demostrar el comportamiento de estos verbos llamados inacusativos y de los ergativos en su evolución del latín al romance castellano y de este a la situación que se manifiesta en el español medieval y clásico. Como ya hemos subrayado anteriormente, las posibles manifestaciones formales de la inacusatividad nacen de una coexistencia de normas contempladas ya por el sistema del latín clásico. Las formas en *-or* latinas diluían conceptos normativos como la voz media, la reflexividad, la pasividad y lo impersonal. En realidad, es el lingüista el que da nombre a los usos en función del contexto, sin percatarse realmente de si esos eran valores definitorios o simplemente resultantes de un efecto del hablar concreto. Lo cierto es que el morfema que tradicionalmente es considerado huella de pasividad en latín era susceptible de múltiples interpretaciones, según el tipo de verbo, tiempo verbal, animación o no del agente, etc. No vamos a entrar en muchos detalles, pero pienso que lo que ha sucedido es simplemente que el investigador ha jugado con manifestaciones de habla, de validez lógica universal, y las ha defendido como rasgos formales. Y en ningún momento dudo del poder del sincretismo como mecanismo de explicación de la coexistencia de valores, pero es posible que se haya abusado de este concepto. De acuerdo a lo que hemos resumido en epígrafes de más arriba, existe en las lenguas una caracterización tipológica que las

11. Que es, por otro lado, el significado que se distingue morfológicamente en muchas lenguas, según los tipólogos.

o de dura-
z de repre-
o como un
ique poste-
es decir, no
que *amatur*

onente era
la mayoría
ue pasivo.
el reflexivo
el segundo,

ya en latín
oda perso-
a imperso-

s llamados
nace cas-
medieval y
manifesta-
de normas
-or latinas
ad, la pasi-
nombre a
i esos eran
ablar con-
onsiderado
retaciones,
ite, etc. No
ucedido es
s de habla,
ormales. Y
anismo de
haya abu-
n epígrafes
ica que las

lleva a biseccionarlas en aquellas de tipo activo y las de carácter pasivo o de sentimiento. La lingüística moderna, y no tan moderna, ha defendido igualmente que la situación primitiva podría haberse desarrollado en el *Empfindungs-Typ* del que hablaba Finck, o en el *wann-wo* de Bühler, en vez del *wer-wen*. Y esto no quita para que, aun gozando de un esquema tipológico general, una lengua no pueda desarrollar el otro paralelamente. Es más, creo que esto es lo que ha sucedido en español y en otras lenguas románicas: junto al papel principal de esqueleto activo, se ha desarrollado uno paralelo de significación «sentimental». Siendo esto así deberíamos tal vez cuestionarnos o, por lo menos, pensar sobre ello, la manera en que la gramática ha abordado el tema de la inacusatividad y sus relaciones de independencia con la impersonalidad, la pasividad o la reflexividad, que por supuesto que puede haberlas, pero que hay que demostrar. Así, me da la sensación de que si las formas en -or latinas han sido contempladas como manifestación casi exclusiva de la pasividad, es porque las lenguas románicas han heredado de ellas una construcción analítica que, a la postre, y por tener esa condición de elementos separados, ha sido apartada del engranaje sistemático¹². Y una vez en el destierro, es mucho más fácil pensar, por ejemplo, que una forma como se podría formar parte de una voz media, o, si se quiere también, manifestar la inacusatividad en español. Y es más fácil porque un pronombre enclítico de esa categoría tiene más armas para defender la batalla de su consideración morfemática que una forma verbal que solo tiene de verbo su apariencia: nadie, creo, que se atreva a decir que el *es* de *es amado* pueda ser un morfema, mientras que cada vez se lee más que el pronombre *se* puede constituir un elemento más del verbo. El peso de la tradición ocasiona que los conceptos se deformen y se asienten indebidamente sobre las distintas lenguas: si el fantasma del análisis frente a la síntesis no se desencadena, seguiremos creyendo que una forma es forma cuando constituye palabra. Y ahora solo queda saber, que no es poco, lo que es una palabra.

Con todo esto no vengo a negar que las formas en -or no desarrollen «pasividad» en latín, sino, antes al contrario, que la impersonalidad es el principio rector de todos los usos contemplados en el morfema latino: es el principio del *Empfindungs-Typ*, o sea, un evento o una acción en la que el agente pasa a un segundo plano. El resultado es que la acción se concebirá como proceso, como evento que pasa pasivamente ante los ojos de un emisor. A partir de aquí, si el ejecutor aparece o no, es una cuestión de refinamiento contextual.

12. Recordemos, en este sentido, cómo Nebrija las aparta de la conjugación propiamente dicha. Es decir, no son formas reales, sino expresiones por «rodeo».

4.1. Tomemos varias muestras y analicemos en este subepígrafe qué ha podido ocurrir para que se llegue a una interpretación inacusativa de *leer* en *Este libro se lee bien*. Nos vamos al *CORDE* y comprobamos que todas las manifestaciones que agrupan un *se lee* desde el siglo XII hasta el siglo XVI son impersonales, en sus 821 casos:

[...] En otro lugar *se lee* que fue vil monje que enfermo a Mohamad, el qual auia nonbre Sergio, el qual cayo en el error del misterio. E commo fuesse por los montes echado de la mongia, vino [a] Arauia e allegose a Mohamad [...] (1293, *Castigos y documentos para bien vivir ordenados por Sancho IV*: Anónimo).

[...] De aquesta *se lee* enel primero libro delos Reyes: Quien me onrrase, yo le onrrare; e los que me despreçaren, no seran nobles (1440, *La cadera del honor*: J. Rodríguez del Padrón).

[...] Uach que destrues el templo de dios (E açotado) ca fue açotado primera-mente con bofetadas enel rostro: como *se lee* en san Matheo enel dicho lugar. e firieronlo con bofetadas (1485, *Evangelios e epístolas con sus exposiciones en romance*: Gonzalo García de Santa María).

Con este esquema se podría enumerar cientos y cientos de ejemplos: normalmente un locativo y un *se impersonal* que ocupa una posición antepuesta, clara de un sujeto. Y hasta bien avanzado el siglo XVI (1580) no empezamos a encontrar casos de paso de la impersonalidad a la llamada «inacusatividad», tras previa anteposición del sujeto:

[...] Y consta que el verso hexámetro sea el primero de todos porque ninguna cosa *se lee* más vieja en algún otro género de verso; y el bucólico, y el de los héroes se trata en él; [...] (1580, *Comentarios a Garcilaso*: Fernando de Herrera).

Aunque con casos muy esporádicos en el siglo anterior:

[...] Acolitos quiere dezir çeroforarios conviene a saber los que trahen los çirios quando el euangelio *se lee* o el sacrificio se ofrece [...] (1453, *Inventario*: Alfonso de Toledo).

Y si la construcción no refleja un locativo claro, comenzamos a ver florecer inacusativos más evidentes, y más tarde:

[...] Si la historia *se lee* con prudencia, es uno de los ratos más aprovechados de la vida, pero suele, o la poca atención o la mucha, hacer inútil y vicioso este rato [...] (1660, *El día de fiesta por la tarde*: Juan de Zabaleta).

En cualquier caso, hay que ser precavidos en la valoración cronológica, ya que la presencia de ergatividad acontece en circunstancias de hablar concreto o en referencia a algo ya dicho (lo prueba la determinación exigida para el sujeto) y en la literatura escrita este tipo de manifestaciones son, naturalmente, menores.

afe qué ha
tiva de leer
e todas las
l siglo XVI

l, el qual
iesse por
nad [...]
no).

ase, yo le
del honor:

primera-
o lugar. e
i romance:

ejemplos:
ición ante-
(1580) no
la llamada

ninguna
os héroes
a).

ahen los
Invento-

as a ver flo-

echados
ioso este

onológica,
de hablar
iación exi-
ñestaciones

4.2. La migración de una estructura intransitiva del tipo *alguien come bien a algo se come bien* ha sido mal encajada en la investigación lingüística, precisamente por desajustes en la terminología sobre la ergatividad e inacusatividad. Teóricamente, un verbo como *comer* no debería ofrecer estructuras inacusativas en su vertiente transitiva, aunque, claro está, cuando parte de un uso intransitivo, sería posible una conversión al dominio del concepto. Así, una frase como *Manolo se come los huevos* encaja en un esqueleto transitivo desde el punto de vista sintáctico, es decir, participando de un esquema activo, aunque el lado semántico hable de un *Empfindungs-Typ*, o sea, que estaríamos ante un tipo de ergatividad semántica, pero de actividad sintáctica. La incoherencia de estas definiciones prueba una vez más que los conceptos se definen con distintos criterios, lo que provocará la caída de un mismo verbo en múltiples categorías definitorias. Sin embargo, en lo que parecen coincidir muchos lingüistas es que el pronombre *se* podría ser reflejo tanto de inacusatividad (en estructuras intransitivas), como de ergatividad (en las transitivas), lo que conduce a una tentaculización de un fenómeno que se contemplaría más sencillo si no se mezclaran criterios.

Una ojeada al comportamiento diacrónico de *comerse* desde el siglo XI hasta el siglo XVIII revela que los primeros usos son impersonales. Desde 1100 a 1500, todas las muestras existentes con la expresión *se come* se conectan con la impersonalidad, y una gran parte de ellas vienen combinadas con el verbo *poder*, que, en su construcción negativa realza la prohibición del evento (combinado con la interpretación impersonal) y, en su construcción positiva, destaca la «posibilidad», añadida a la idea de impersonalidad (*se puede comer*) o, incluso, si se anticipa el objeto y se convierte en sujeto, podría indicar la propiedad (*los tomates se comen bien*). En la Edad Media, encontramos poquísimos ejemplos de anteposición del objeto-sujeto, y, aún así, la idea predominante sigue siendo la de impersonalidad:

[...] Et de los arboles ay vnos que el su fructo *se come* todo, asi commo las figueras et los perales et los mançanos et los menbriellos et los morales et los sidrales (1326, *Libro del caballero y del escudero*: Juan Manuel).

No se duda, sin embargo, que la indicación de una propiedad empiece ya a ganar terreno. Con sujetos animados, en cambio, o sea, en construcciones transitivas, la ergatividad no está clara, pues el pronombre parece ser manifestación de un partitivo perdido:

[...] La hembra haze muchos huevos, pero ella *se come* la mayor parte & otramiente se pierden muchos, ca solamente tornan en peçes los tocados de la leche del macho [...] (1494, *Traducción de El Libro de Proprietatibus Rerum de Bartolomé Anglicus*: Fray Vicente de Burgos).

La llamada interpretación pasiva-refleja comienza a destacarse en este tipo de verbos a partir del siglo XVI:

[...] todo lo que *se come* da más esfuerço; [...] (1529-1531, *Reloj de Príncipes*: Fray Antonio de Guevara).

[...] está tanta cantidad o gordor de un dedo o más, del arte que está lo duro de un palmito de los terreros, e así pajoso, e aquello no *se come* (1535-1557, *Historia general y natural de las Indias*: Gonzalo Fernández de Oviedo).

Comienzan también a multiplicarse los casos de objeto-sujeto que heredan la interpretación de «propiedad», que es rémora de los usos impersonales:

[...] dicen ellos que es de mala digestión cuando *se come* frío [...] (1535-1557, *Historia general y natural de las Indias*: Gonzalo Fernández de Oviedo).

[...] antes *se come* asada e cocida, como las batatas e ajos, que también hay muchos (*ibid.*).

[...] todo este fructo o raíz *se come* muy bien (*ibid.*)

El besugo *se come* cocido con su zumo de naranja y su caldo y pimienta y gengibre [...] (1529, *Libro de guisados de Ruperto de Nola*: Anónimo).

[...] lo de dentro, que *se come*, es blanco y sabroso, pero es poco por tener los cuescos grandes [...] (1527-1550, *Apologética historia sumaria*: Fray Bartolomé de las Casas).

Dioscórides dize que la raíz *se come* cozida como cebollas (1557-1567, *Historia de yerbas y plantas con los nombres griegos, latinos y españoles*: Juan de Jarava).

Y aunque aquí *se come* lindamente, si no siempre con la boca, a lo menos siempre con los ojos [...] (1614, *Don Quijote de La Mancha*, Alonso Fernández de Avellaneda).

Ciertamente, los ejemplos ergativos se multiplican a partir del siglo XVI y se consolidan en siglos posteriores:

El perro del cazador, si es bueno, no *se come* la liebre que ha cazado, sino guárdala fielmente para cuando llegue su señor (1554, *Libro de oración y meditación*: Fray Luis de Granada).

Adviértase, además, que las posibles interpretaciones de *se* como partitivo efectivo, siempre de un uso impersonal, comienza a perderse ya a principios del siglo XVI, aunque quedan ejemplos aislados:

Natura, porque lo que *se come* desta fructa no tocasse a la pepita, que es amarguísima [...] (1535-1557, *Historia general y natural de las Indias*: Gonzalo Fernández de Oviedo).

El giro impersonal con *se* ha desarrollado una nueva construcción, en la que, sin seguir teniendo importancia el agente, se especializará o en la

propiedad del objeto o en la actualización contextual del evento con un sujeto animado, es decir, una construcción ergativa:

[...] pastor largo de conciencia / que *se come* el cordero / o el cabrito / y dize que lo lleuo el lobo / o que se murio / y si es floxo no ay pestile [...] (1513, *Obra agricultura*: Grabriel Alonso de Herrera),

en donde la existencia del elemento anterior o posterior se hace necesaria para la pervivencia de la construcción, ya que la cosa, que es conocida, revierte sobre el propio sujeto.

4.3. Por otra parte, con un verbo de significado claramente activo (*romperse*) es completamente razonable que el significado impersonal se consiga importando la cosa a la posición de sujeto y anulando el agente (la llamada pasiva-refleja). En este caso, el pronombre actúa como marca inacusativa, ya que permite la pasivización:

[...] día d'aquest possessor qui deffendíe la part del deffendedor et d'aqueillos de qui ouo razón de possedir, dan dreito firme al possessor, maguer cada uno d'eillos por sí no abastás, quar más grievmiente *se rompe* la cuerda que es doblada o triblada (1250, *Vidal Mayor*: Anónimo).

[...] nin peyndrando nin faziendo citar, o, entrando los bienes, me mouieren demanda, por las quiales cosas la teniença *se rompe* por interrupción que es dita la mala uotz, [...] (1250, *Vidal Mayor*: Anónimo).

E tienen pro por que si el preuilegio o la carta se pierde o *se rompe* o se desfaze la letra por vejes o por otra cosa o si viniere alguna dubda sobrella por ser rayda o de otra manera qual quier por el registro se pueden cobrar las perdidas & renouar se las vieias (1491, *Siete Partidas de Alfonso X*: Anónimo).

La interpretación biactancial activa de *romper* difiere claramente de la de *leer*, pues en este último verbo la interpretación impersonal, que luego torna en inacusativa, surge del uso normativo impersonal de la forma en *-or*; sin embargo, en el caso de *romper*, nace del sentido medio de la misma desinencia. Esto bloquea la interpretación impersonal y favorece lo que se conoce como pasiva-refleja, que, como ya vimos, pasa al latín vulgar con un contenido de «estar en proceso de», es decir, existe cambio de estado y no refleja estado en sí mismo¹³. Aquí hay desinterés por el agente, pero lo que se desea resaltar realmente es el proceso de un evento. Esto explica que el objeto-cosa pueda situarse ya en la posición de sujeto y que, como resultado de un origen distinto, aparezca ya desde los primeros estadios del romance castellano. Sobre la posibilidad de que la aparición temprana de

13. Consúltese a este respecto el trabajo de Stein (1996), que ofrece un contraste de estructuras con «romper» en italiano y otras lenguas.

esta estructura influyera en la transformación de la impersonal en construcciones como *se lee*, habría que profundizar aún más. Es de esperar, igualmente, que el sentido de marcar una propiedad del objeto-sujeto aparezca en este tipo de verbos antes que con *leer*, pues este último tiene que haber superado primero el efecto impersonal. Así, encontramos los primeros casos en edad temprana:

[...] pierde toda su hermosura que el fuego le avia dado & quanto era mas hermoso tanto torna mas feo. En el carbon todo el umor sustancial es gastado & por ende *se rompe* de ligero, ca no ha umor por que tenga sus partes juntas (1494, *Traducción de El Libro de Proprietatibus Rerum de Bartolomé Anglicus*: Fray Vicente de Burgos).

Su bondad es conocida por su olor & por su color & por su sabor ca quando es buena & fresca es dulce un poco & aguda & es de buen olor e es negra o vermeja & es pesante & no *se rompe* ligeramente [...] (*ibid.*).

Y dado que el proceso con *romperse* esconde una impersonalidad semántica, parece lógico que no se manifiesten agentes, aunque sí causas del proceso:

[...] los deshereda quasi siendo fecho sin oficio dela natural piedad repartiendo lo suyo en personas extraneas testamento roto se dize el que *se rompe* por la generacion del fio que nasçio despues de su padre muerto [...] (1490, *Universal vocabulario en latín y romance*: Alfonso de Palencia).

En este punto, no es necesario aportar más ejemplos. Una lectura de las distintas concordancias aparecidas muestra el nacimiento, ya atestiguado en el latín clásico en sus formas en *-or*, de una construcción de proceso (voz media), que luchaba con la misma apariencia con otros usos como el impersonal, el reflexivo, el recíproco o el medio. El carácter activo (*alguien rompe algo*) del verbo excluye desde el principio la interpretación impersonal y permite una evolución de la construcción desde la manifestación de proceso a la indicación de una propiedad.

4.4. Para terminar, revisaremos la situación de otra de las construcciones citadas como inacusativas, que, como en el caso de *romperse*, provienen de un esquema activo biargumental: *cerrar/cerrarse*. Hemos introducido este caso, porque en epígrafes anteriores habíamos hecho un seguimiento del *clauditur* latino. Llegábamos a la conclusión de que aquí era el sentido «medio» el que se había apropiado del verbo y que había derivado en una construcción con *se*, ya existente en latín vulgar y que habría que diferenciar tanto de una perífrasis de estado resultante (*clausus est*), como del sentido pasivo, también originado por esta misma perífrasis, pero en pasado (*clausus fuit*). La heredera de voz media procedente del *clauditur* latino representaría, a diferencia de la forma perifrástica en presente, más que una pasiva-refleja,

un proceso, que tiene lugar porque se ha apartado al agente del papel principal. Aquí no interesa el dónde del evento, generador de impersonalidad (*aquí se lee lo siguiente; en el libro se lee...*), sino el cómo, el proceso en su desarrollo¹⁴. Siendo así, las primeras manifestaciones no tendrán ningún inconveniente en seguir el esquema de *objeto* (o *abstracto*)-*sujeto* + *se* + *verbo*:

E pora seer seguros apagarse ide damos e asignamos un huerto nuestro cerrado todo de tapias adarredor e con puertas e clau que *se cierra* e abre que nós avemos sitiado dius de la eglesia del dito lugar de Ruvihuelos, que afronta al un costado con huerto de la muger de don Domingo Joán e con huerto de Jaime Gembau e con huerto de Pascual de Tous e con la carrera pública (1362, *Traslado de tres cláusulas*: Anónimo).

Torna sobre tu vida, que cuando una puerta *se cierra*, otra suele abrir la fortuna, y este mal, aunque duro, se soldará; y muchas cosas se pueden vengar que es imposible remediar, y ésta tiene el remedio dudoso y la venganza en la mano (1499, *La Celestina*: Fernando de Rojas).

Ca nunca aquel postigo *se cierra* (1270, *Estoria de España*: Alfonso X).

Y la misma situación se repite en el español clásico, con posibilidades de cambiar el sujeto a una posición anterior o posterior al verbo, pero con un significado idéntico.

Naturalmente, el camino hacia una interpretación de propiedad del objeto queda abierta (*esta puerta se cierra bien*).

5. Desde que Perlmutter reactivara en 1978 ese viejo problema del que gramáticos y lingüistas anteriores habían hablado implícita o explícitamente, el fenómeno de la ergatividad en las lenguas comenzaba a tejerse su propia maraña conceptual y terminológica. El comparativismo decimonónico y sus epígonos del siglo XX habían intuido una división entre sistemas capaces de representar la actividad y aquellos que mostraban la perspectiva del «sentimiento». De hecho, se conocían lenguas que burlaban la consideración del sujeto como agente y en las que el *agere* se cristalizaba en el *pati*. Marcas morfológicas anunciaban este cambio. A partir de aquí, la violación de la lógica aristotélica sobre el sujeto encontraba

14. Una consideración de este estilo podría resolver los quebraderos de cabeza de algunos lingüistas que llenan sus páginas de eventos, procesos, duración, causas internas, externas... Muchos no se explican por qué aparece el *se* en *cocerse* (*los huevos se cuecen*) y deja de hacerlo con *hervir* (**la leche se hierve*). Pues bien, sin olvidar esta interpretación medial, que contempla el evento en su desarrollo, parece claro que *hervir* no pone énfasis en el proceso, por más que algunos lingüistas así lo vean, y les conduzca irremediabilmente al despiste. La acción de «hervir» es puntual (cuando se presta ojo sobre la leche, por ejemplo, se ve que o hierve o no), mientras que en *cocerse* la idea de proceso es más notable. Lo mismo ocurre con *la rueda pinchó*, construcción sin *se* porque subraya un instante, aunque si otorgamos proceso al «pinchar», podríamos convertir la construcción en inacusativa con marca (*la rueda se pinchó en la carretera*).

base empírica en esos idiomas que, extrañamente, disponían de marcas para hacer de un agente un experimentante de la acción. Sin embargo, el análisis, más orientado hacia una lógica de la realidad que de las lenguas, inicia sus malabares terminológicos con una alusión a conceptos designativos: que si tal verbo expresa un evento y no una acción; que si se materializa una causa interna o externa; que si estado... Se estaba cimentando inconscientemente la confusión entre estructuras formales casi visuales (la presencia física de la oración en palabras) con una estructura semántica más lógica que lingüística: el sujeto es paciente con un agente presente (estructura pasiva); el sujeto es paciente, pero el agente se ausenta (pasiva-refleja); no hay indicación de agente (impersonal); la acción se vuelve sobre el agente o paciente (reflexiva), etc.

La lingüística moderna no ha sabido desembarazarse del peso de la tradición y sigue dando por sentados conceptos cuya existencia debía haber debatido con anterioridad. Así, es extremadamente complejo hacer ver al investigador que una forma como *es* en *es amado* podría ser realmente un morfema y no un verbo, a pesar de que el ojo lo contempla como elementos separados, como palabras diferentes. Quizá algún día se llegue a considerar un morfema, cuando, al igual que ocurrió con *amar he* (*amarê*), el desgaste fonético haga su trabajo y lo transforme en una construcción sintética, en una palabra visual. En este trabajo, pues, defendemos que si existe una marca formal que refiere a un hecho de contenido, estamos tratando con un elemento lingüístico —ya sea una estructura abstracta que subyazga o puramente material—. Así, si topamos con un elemento como *se* y observamos que su presencia provoca un cambio semántico, no hay que tener escrúpulos en considerarlo rasgo formal de algo y no lo que tradicionalmente se considera, o sea, un pronombre. El problema, naturalmente, es determinar de qué rasgo semántico es marca formal.

En este trabajo, hemos intentado demostrar que el *se* es una marca formal que sincretiza distintos valores de la lengua latina clásica: la llamada pasiva, la pasiva-refleja, la voz media y la impersonal. Sin embargo, los rasgos anteriores, pensamos, no son más que manifestaciones de la impersonalidad, es decir, la cualidad presente en las lenguas de «sentimiento» o ergativas, frente aquellas en las que un agente crea una actividad orientada hacia un término (*Tat-Typus*). De aquí, surgen en contextos todos los valores imaginables e inimaginables, y de aquí parten todos los conceptos que cubren estos valores, los sobrepasan, los mezclan, los reducen o los multiplican. En latín, la forma *-or* era una marca de ergatividad, es decir, la contemplación de la acción desde otro punto de vista, desde el *pati*, independientemente de que se expresara el agente (pasiva), de que este no importara mucho (impersonal) o de que fuera un objeto/cosa el que sufriera una acción (pasiva-refleja). Estos no son más que tentáculos

del concepto «impersonalidad», o, si se quiere, «ergatividad». El descomponer este fenómeno en conceptos como la «inacusatividad», o sea, una suerte de intransitividad en la que el sujeto no controla la acción (*la puerta se cierra*), o la «inergatividad», es decir, aquellos intransitivos en los que existe control de la voluntad del agente, presupone igualmente tener muy claros qué son verbos transitivos e intransitivos. De aquí que otros muchos hablen de migraciones de argumentos en virtud de si un verbo tiene uso transitivo o intransitivo. En fin, no vamos a insistir más en las múltiples incoherencias que acarrea la construcción de conceptos y términos que se configuran con variables como «no discusión sobre la existencia de determinadas formas cimentadas desde la tradición», «confusión del lado visual de las lenguas con la verdadera estructura abstracta que subyace a ellas», «la identificación de la lógica de la realidad con la de la gramática», «el cruce de criterios sintácticos con semánticos», etc.

El examen de estos fenómenos desde una perspectiva diacrónica muestra que existe un orden de transmisión histórica que se desencadena desde el valor general de la construcción. El latín disponía tanto de formas para expresar la actividad, como la ergatividad. Esta última se deshacía en valores contextuales que el gramático, dependiendo de ellos, nombró como pasivo-reflejo, medio o impersonal. La idea general, no obstante, se nutría de ausencia agentiva. Así, cuando la marca ergativa en *-or* va perdiendo fuerza, el sustituto, el llamado pronombre *se*, va poco a poco apropiándose de los distintos valores contextuales y adueñándose del valor de «desarrollo del proceso», en oposición a una construcción perifrástica que se especializa en la mostración de un «estado» en la que el agente no interesa (*está lavado*) o sí (*fue lavado por*). La construcción ergativa, que pone en un segundo plano al agente, favorece la interpretación impersonal primero y la migración de la cosa / objeto al puesto de foco, que, en último término, como ya comprobamos con los ejemplos del *corpus*, pueden indicar la propiedad de esas cosas, derivado del sentido de «posibilidad», que nace, a su vez, de lo impersonal:

Aquí se come bien (no interesa el agente, impersonal) → *El pollo se come* (mayor determinación del sujeto, paso a la posición de foco y emigración al ámbito de la «posibilidad»: «se puede comer») → Coexistencia con un efecto contaminado de la construcción anterior más adición de un complemento (*Pedrito se come el pollo*) → *Este pollo se come bien* (determinación máxima y mayor participación contextual: «propiedad del objeto / cosa»)¹⁵.

15. Muchos lingüistas destacan el carácter perfectivo de una construcción como *Pedrito se comió el pollo*, que es lo que facilita el contraste con construcciones inglesas como *Peter ate up the chicken*. Sin embargo, creemos que ese efecto perfectivo viene determinado por el uso del pasado simple. En *Pedrito se come el pollo*, la acción no es acabada con respecto a un *Pedrito come el pollo*. En la primera, se indica proceso (la contemplación procesual no activa de un emisor que ve a Pedrito comer un pollo: *Empfingung-Typ*), en tanto que en la segunda es un ver y actuar (*Tat-Typus*).

Y cuando el verbo es puramente activo, con un uso transitivo garantizado (*romper/romperse*), es evidente, y como revelan los ejemplos de nuestro corpus, que el primer paso (la consideración de un desinterés por el agente o la interpretación personal), se ve anulada.

Por último, el desencadenamiento de estos fenómenos presenta consecuencias en el nacimiento de otros, sobre los que no tenemos más tiempo de tratar aquí: 1) la aparición de *estar* en español y su relación con la desaparición de *ser* en los tiempos compuestos, combinados con los resultados procesuales de la forma *-or* latina; 2) la posible desaparición del partitivo debida al valor catafórico y anafórico de los verbos procesuales (con *se*), o 3) el desplazamiento de estas construcciones con *se* a las impersonales con *omne* ya a finales del siglo XIII y sus consecuencias formales respecto de otras lenguas románicas.

Bibliografía

- BALMORI Clemente Hernando, 1933-1934, «Observaciones para el estudio de los verbos deponentes», *Emérita*, I, p. 1-77; II, p. 45-78 y p. 233-256.
- BESTEN Hans den, 1985, «Some remarks on the Ergative Hypothesis», in: Abraham WERNER (ed.), *Erklärende Syntax des Deutschen*, Tübinga: Narr, p. 53-74.
- BOBALIJK Jonathan D., 1993, «On Ergativity and Ergative Unergatives», *MIT Working Papers in Linguistics*, 19, p. 45-88.
- BOBES NAVES María del Carmen, 1974, «Construcciones castellanas con *se*: análisis transformacional», *Revista Española de Lingüística*, 4, 1, p. 87-128.
- BÜHLER Karl, 1934, *Sprachtheorie*, Jena: Fisher.
- BURZIO Luigi, 1986, *Italian Syntax*, Dordrecht: Reidel.
- CORREAS Gonzalo, 1625, *Arte de la lengua española castellana*, Emilio ALARCOS (ed.), Madrid: CSIC, 1954.
- DAVIES William D., 1984, «Antipassives: Chochaw evidence for universal characterization», in: David M. PERLMUTTER y Carol G. ROSEN (ed.), *Studies in relational grammar*, Chicago: University of Chicago Press, 1983-1990, p. 331-376.
- DEBRUNNER Albert, 1933, «Lautgesetz und Analogie», *Indogermanische Forschungen*, 51, p. 269-291.
- DELBRÜCK Berhold, 1893, *Vergleichende Syntax der Indogermanischen Sprachen*. Estrasburgo: K. J. Trübner.
- DE MIGUEL Elena, 2004, «Qué significan aspectualmente algunos verbos y qué pueden llegar a significar», [en línea]. URL: http://www.uam.es/personal_pdi/filoyletras/elenamel/Archivos/aspecto.pdf. Consultado el 6 de agosto de 2009.
- DIXON Robert M. W., 1994, *Ergativity*, Cambridge/New York: Cambridge University Press.
- FINCK Franz N., 1910, *Die Haupttypen des Sprachbaues*, Leipzig.
- GLÄSSER Edgar, 1938, «Das Weltbild des indogermanischen Satzbaues», *Wörter und Sachen*, 19, p. 94-115.

- GREWENDORF Günter, 1989, *Ergativity in German*, Dordrecht: Foris.
- HALLIDAY Michael, 1994, *An introduction to functional grammar*, Londres: Arnold.
- HANSEN Federico, 1913, *Gramática histórica de la Lengua castellana*, Halle: Niemeyer.
- HATCHER Anna G., 1942, *Reflexive Verbs: Latin, Old French, Modern French*, Londres/Baltimore: John Hopkins Press.
- LAKA Itziar, 1993, «Unergative that Assign Ergative Unaccusatives that Assign Accusative», *MIT Working Papers in Linguistics*, 18, p. 149-172.
- LAPESA Rafael, 1981, *Historia de la lengua española*, Madrid: Gredos.
- MASULLO Pascual, 2001, «La transitividad como epifenómeno: el caso de los verbos de contacto», in: H. ALBANO, L. FERRARI, M. GIANMATTEO (ed.), *Actas del Congreso Internacional de Gramática*, Buenos Aires: UBA.
- MENDIKOETXEA Amaya, 1999, «Construcciones inacusativas y pasivas», in: Ignacio BOSQUE y Violeta DEMONTE (ed.), *Gramática descriptiva de la lengua española*, Madrid: Espasa, p. 1577-1629.
- MENDÍVIL GIRÓ José Luis, 2005, «Inacusatividad y ergatividad», [en línea]. URL: <http://homepage.mac.com/jlmendivil/Public/sys.pdf>. Consultado el 6 de agosto de 2009.
- MIKLOSISCH Franz W., 1883, *Subjectlose Sätze*, Viena: Baumüller.
- MONGE Félix, 1955, «Las frases pronominales de sentido impersonal en español», *Archivo de Filología Aragonesa*, 7, p. 7-102.
- ONISHI Masayuki, 1991, «Non-canonically marked subjects and objects: Parameters and properties», *Typological Studies in Language*, 46, p. 1-51.
- PERLMUTTER David M., 1978, «Impersonal passives and the unaccusative hypothesis», *Proceedings of the Berkeley Linguistic Society*, 4, p. 157-189.
- REGULA Moritz, 1938, «Zur neutralen (unpersönlichen) Erfassung der Prädikatskomponente beider sprachlichen Umsetzung bestimmter Impressionen», *Zeitschrift für französische Sprache und Literatur*, 61, p. 505-561.
- REICHENKRON Günter, 1933, *Passivum, medium und reflexivum in den romanischen Sprachen*, Leipzig/Jena: Gronau.
- SABAJ Omar, 2002, «Estudio crítico comparativo: La Ergatividad, posibles aplicaciones para el análisis textual», *Revista signos: estudios de lingüística*, 51-52, p. 231-241.
- SIEBS Theodor, 1910, «Die sogenannte subjektlosen Sätze», *Zeitschrift für vergleichende Sprachforschung*, 43, p. 253-276.
- STÉFANINI Jean, 1962, *La voix pronominale en ancien et en moyen français*, Aix-en-Provence, Gap: Ophrys.
- STEIN Achim, 1996, «Argumentstruktur italienischer Verben. Einbettung in eine semantische Repräsentation», in: P. BLUMENTHAL, G. ROVERE y C. SCHWARZ (ed.), *Lexicalische Analyse romanischer Sprachen*, Tübinga: Niemeyer, p. 139-147.
- WEERENBECK Bernardus Hermnn Josephus, 1943, *Le pronom on en français et en provençal*, Amsterdam: Noord-Hollandsche Uitgevers Maatschappij.